

LA FIGURA SACRAMENTAL DEL CELEBRANTE (I)

P. FARNÉS

En el último artículo de esta sección (abril 1993) nos referimos al poco subrayado con que los fieles acostumbran vivir la presencia de Cristo al participar en la liturgia. Lo más común es que la liturgia se celebre y se viva únicamente como *la propia celebración* de los participantes, como la plegaria comunitaria de la asamblea reunida. Pocas veces se vive la liturgia como acción y oración del mismo Señor que celebra con su pueblo y, como Hijo amado, unido a la Iglesia, dirige su oración al Padre y ennoblece con su presencia y acción la celebración de los congregados.

1. Los signos la presencia del Cristo en la asamblea

Subrayar, pues, e intensificar esta olvidada faceta de la participación espiritual resulta de la máxima importancia. Para ello la liturgia -que siempre es *sacramental*, es decir, *simbólica*- goza del importante auxilio de los signos externos. Varios de ellos tienen precisamente como finalidad propia simbolizar eficazmente (es decir, simbolizar de manera que realmente realicen lo mismo que simbolizan) esta presencia del Señor, convirtiéndose así en instrumentos que ayudan a captar y a vivir la realidad de esta presencia del Señor cabe a sus fieles. La asamblea, por ejemplo, a la que el Señor prometió que cuando se reuniera él estaría presente (Mt. 18, 20), o la proclamación de la palabra a través de un lector situado de manera subrayada que simboliza a Cristo que habla a su pueblo (Cf. Sac. Conc. núm. 7) son modos o signos que ayudan al que está *espiritualmente activo* a captar aquella pre-

sencia del Señor que ennoblece y dignifica la celebración de los fieles a la que nos referimos en nuestro anterior artículo.

2. La jerarquía de los diversos signos de la presencia del Señor

El modo y el signo culminante de la presencia del Señor en la asamblea es ciertamente el que se realiza bajo las especies eucarísticas. El hecho de que este modo de presencia sea el más intenso -el único *substantial* afirmarán los teólogos- ha ocasionado sin duda en que los otros modos de presencia hayan pasado, sobre todo en épocas teológicamente más pobres, casi desapercibidos. Por ello precisamente hay que insistir también en los demás modos de presencia. El mismo hecho de que el Señor haya querido hacerse presente de *diversos modos* comporta que ninguno de ellos (ni la presencia eucarística, por tanto) nos de toda la realidad de la presencia del Señor.

Subrayemos para empezar que si la presencia eucarística es la más intensa y la culminante, la presencia del Señor bajo el signo del celebrante es seguramente la más visible y fácil de captar. Y una buena pedagogía aconseja siempre pasar de lo más sencillo a lo que no lo es tanto aunque sea más intenso y culminante. Es precisamente en esta línea que la Instrucción *Eucharisticum Mysterium* insiste en que los *diversos modos* de la presencia del Señor aparezcan *sucesivamente* en la celebración y que se evite, si es posible, que la presencia eucarística aparezca ya visible al inicio de la celebración (núms. 9 y 55, PARDO 437 y 483). Lo propio vuelve a recomendar -de manera más solemne y definitiva- el *Ritual de la Comunión y del Culto Eucarístico fuera de la misa* (núm. 6, PARDO 986).

3. El signo del celebrante

Ver al celebrante como figura de Cristo e instrumento de su presencia es tradicional en la Iglesia. Más incluso: esta manera de considerar al que preside la celebración cristiana como mero instrumento de Jesucristo es, en el fondo, la única forma correcta de solventar lo que en algunos momentos -por ejemplo ante la crisis de Lutero- se ha visto como dificultad y contradicción entre el sacerdocio de los ministros ordenados y la doctrina del Nuevo Testamento sobre el *único sacerdocio* de Jesucristo contrapuesto a la pluralidad de sacerdotes del culto de Jerusalén (Cf. Hb 7,24). Sacerdote sólo hay uno, Jesucristo; los fieles participan por el bautismo-confirmación de este sacerdocio del

Señor en cuanto son miembros del cuerpo de Cristo-sacerdote; los ordenados, por su parte, participan de este sacerdocio no personalmente sino ministerialmente, es decir, haciendo a la comunidad reunida el servicio de hacer presente a la cabeza del cuerpo sacerdotal, Cristo, en cuanto son su *imagen o signo* de su presencia.

4. El celebrante, signo de la presencia de Cristo, en la antigua tradición eclesial

Los testimonios de la historia que manifiestan como la Iglesia ha visto al que preside la celebración a manera de instrumento de la presencia de Jesucristo son numerosos y se extienden moralmente a todos los tiempos. Ello nos invita, pues, a ajustarnos también hoy a esta visión como la más fiel -la *tradicional*, podíamos decir, en el sentido más teológico de la palabra- y la que puede ser fuente especialmente rica en vistas a una participación espiritual más intensa de los fieles en la liturgia.

Un primer testimonio lo hallamos ya en la Iglesia subapostólica. Las célebres cartas de *San Ignacio de Antioquía* presentan, en efecto, al Obispo y a los presbíteros con una tipología, ciertamente incipiente aún y algún tanto flotante, pero que trasluce esta manera de ver al que es cabeza de la asamblea como signo de la presencia de Jesucristo: «Sometéos al Obispo como a *Jesucristo*..., a los presbíteros como a los apóstoles de Jesucristo» (Ad Trol., 2, 1-3, 1, SC 10, pp. 212-213).

Un poco más adelante *san Cipriano*, insistiendo en que la celebración eucarística debe ser estrictamente fiel a la institución de Cristo, afirma: «Si Cristo Jesús Señor y Dios nuestro es el sumo sacerdote de Dios Padre y él se ofreció a sí mismo como sacrificio y mandó hacer esto mismo en conmemoración suya, el sacerdote que *hace las veces de Cristo* debe imitar lo que Cristo hizo y ofrecer en la Iglesia un sacrificio verdadero y pleno a Dios Padre» (Epíst. 63, 14, CSEL 3, p. 713).

San Ambrosio en una conocida catequesis a los nuevos bautizados subraya de una forma especial el momento y las palabras de la consagración eucarística -hoy algunos piensan incluso que la referencia exclusiva a las palabras de la institución es exagerada- la presencia de Cristo en el celebrante en el momento del relato de la Institución de la eucaristía: «Todo lo que el sacerdote dice antes de estas palabras es dicho por él mismo...; pero cuando viene a realizar el

venerable sacramento el sacerdote ya no dice sus propias palabras sino que son *las palabras de Cristo las que resuenan por su boca*» (De Sacr. IV, 14; SC 25 bis, pp. 108-111).

Citemos aún a un último testimonio de la Iglesia antigua, Narsai, quien a mediados del siglo V, comentando en una de sus homilías sobre la misa el rito de entrada, dice: «El sacerdote que ha sido escogido para celebrar el sacrificio en este momento lleva en sí mismo *la imagen de nuestro Señor*» (The Liturgical homilies of Narsai, Ed. Mingana, Tomo I, p. 273).

5. El celebrante como figura de Cristo en la Edad Media

La figura del celebrante como signo de la presencia del Señor en medio de los fieles no es exclusiva de la antigüedad sino que persevera a través de la Edad Media hasta llegar a la gran escolástica y finalmente, resurgir con fuerza en la visión del Vaticano II.

Un primer ejemplo lo tenemos en san *Teodoro Studita* (s. IX). Explicando este autor el porqué el sacerdote no usa ningún icono de Cristo en el rito de la signación bautismal dice: «El sacerdote, colocado entre Dios y los hombres, es una *imagen de Cristo*; por ello en la signación no usa de otra imagen sino de su misma mano» (Adver. Iconomachos, 4, PG 99, 593).

Citemos también un texto del siglo XI, un *comentario a la Liturgia bizantina*, que prelude ya los modos de hablar de santo Tomás de Aquino: «Si alguien se pregunta como es posible que los Obispos y sacerdotes de hoy sean mediadores de realidades tan santas que sepa que ello es posible porque ocupan el *lugar de Cristo*, nuestro gran sacerdote» (Cf. BORNERT, Les commentaires byzantins de la divine liturgie du VII au XV siècle, París 1966, p. 187).

Todos estos ecos de la tradición antigua y medieval los recoge y hace suyos de manera magistral el Doctor Angélico. Sería largo hacer un elenco completo de sus citas. Por otra parte su doctrina sobre esta temática es bien conocida. Según él el poder instrumental para realizar el cambio del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo no reside solamente ni en la palabra ni en el sacerdote sino en ambos... Pero como el sacerdote, dice nuestro teólogo, se *parece más a Cristo*, el agente principal, que la palabra porque el sacerdote *lleva en sí mismo la imagen del Señor*, su poder instrumental es más grande

y más digno» (In IV Sent., Dist. 8 art. 3, ad 9). Es precisamente por este parecido intenso que debe haber entre la persona del sacerdote y la persona de Cristo —la recordamos para poner una nota de actualidad— que santo Tomás ve imposible la ordenación sacerdotal de la mujer (In IV Sect., Dist 24,q.3,ar. 2). Según el pensamiento del Doctor Angélico el sacerdocio cristiano es, por tanto, de naturaleza radicalmente sacramental y procede del carácter recibido en la ordenación que lo hace signo de la presencia de Cristo.

6. Conclusión

El tema de la figura sacramental del celebrante como signo de la presencia de Cristo es espiritualmente muy rico y necesita ciertamente de unos desarrollos más amplios de lo que hemos únicamente iniciado en este artículo. Si el exponente más alto de esta doctrina se encuentra, en la doctrina del Doctor Angélico, sus repercusiones se hicieron especialmente presentes y sugestivas para los fieles actuales en las enseñanzas del Vaticano II. De todo ello debemos, pues, hablar en un próximo artículo.

De esta rica visión conviene sacar algunas conclusiones al servicio de una más intensa participación de los fieles en la celebración. Esta es, por otra parte, la finalidad principal tanto de nuestra sección *Participación espiritual* en general como más en concreto de las reflexiones en torno a la figura del celebrante de este artículo. Estas conclusiones conviene orientarlas en dos direcciones: a) las actitudes que deben tomar los fieles, sirviéndose del ministerio del sacerdote, para participar interna y externamente de manera más activa en la celebración; b) las maneras con que los propios ministros deben ejercer su oficio para facilitar a los fieles aquella intensa participación activa tanto exterior como interior que les corresponde. Con estas reflexiones, pues, continuaremos esta materia en los próximos números.